

Serie “*los Compañeros del Profeta*”

Abu Dharr Al Gifari &

Luchando por la Igualdad

Por

Abdul Basit Ahmad

Traducción

Anas Amer Quevedo

Publicado por

DARUSSALAM

Editores y Distribuidores

Riyadh, Arabia Saudita

Visita: www.viveislam.org/portal

En el nombre de Alá, Clemente, Misericordioso

“” (Corán 33:23)

Visita: www.viveislam.org/portal

Nota del Editor

Todas las alabanzas pertenecen a Alá, Señor de todo lo que existe. Que la paz y las bendiciones de Alá sean con Su último Profeta y Mensajero, Muhammad, sobre su familia y sus Compañeros.

La editorial Darussalam se complace en presentar a la juventud musulmana la serie “*Los Compañeros del Profeta*”. El objetivo de estos libros es dar a conocer a nuestras nuevas generaciones la vida de los más grandes héroes del Islam: los Compañeros del Profeta. También deseamos incrementar el entusiasmo de los jóvenes en seguir y aferrarse a su religión. De esta manera, estos libros logran dos importantes objetivos: educar a nuestros hijos y alentarlos a ser buenos musulmanes.

La siguiente historia se titula “*Abu Dharr Al Gifari, luchando por la Igualdad*” y se trata de la biografía de uno de los mayores héroes del Islam. Abu Dharr fue una persona única en todo aspecto. Dedicó toda su vida a apoyar a los pobres y necesitados. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, dijo sobre él:

“Que Alá derrame Su misericordia sobre Abu Dharr, pues marcha sólo, morirá sólo y resucitará sólo.”

Es nuestro deseo que estos libros beneficien a nuestros jóvenes, pues ellos son el futuro del Islam. Darussalam entiende la importancia de contar con buena literatura islámica para nuestros hijos, en especial para aquellos que viven en Occidente, donde las influencias no islámicas son muy fuertes. Es por esto que estamos seguros que la existencia de esta serie será de valiosa ayuda para inculcar en nuestros hijos un amor genuino por el Islam. También deseamos agradecer al hermano Abdul Basit Ahmad, autor de los libros, al hermano Aqueel Walter, editor de la edición en idioma inglés de los mismos, y al hermano Muhammad Ayub por su diligente labor en la preparación de la serie. Tal y como dice Alá:

“¿Acaso la recompensa del bien no es el bien mismo?” (Corán 55:60)

Alá es quien todo lo sabe y sólo Él recompensa a Sus siervos.

Abdul Malik Mujahid
Director General

Visita: www.viveislam.org/portal

Prólogo

Los grandes hombres siempre enfrentan los desafíos con paciencia y perseverancia. A pesar de las grandes dificultades que pueden llegar a encontrar en sus caminos, su amor por Alá y Su Mensajero es tan fuerte que nada puede desviarlos del esforzado sendero que atraviesan. Tales personas no sucumben ante los encantos de falsas promesas o las amenazas de los opresores. Ellos encuentran la felicidad en su constante lucha contra la tiranía y la injusticia. Puede que vivan una vida material muy incomoda, pero se sienten felices, moral y espiritualmente satisfechos. Sus batallas contra las injusticias les proveen paz mental y espiritual.

Estas personas extraordinarias siempre buscan una recompensa superior y más elevada que los efímeros placeres de este mundo. Es por esto que soportan todas las dificultades con increíble paciencia. A pesar de los problemas y obstáculos en los que viven y la alienación que sufren, continúan su lucha por un mejor futuro para la humanidad.

Nuestro héroe, Abu Dharr Al Gifari, que Alá esté complacido con él, es una de esas personas extraordinarias. Este compañero (discípulo) del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, dedicó toda su vida a apoyar a los pobres y necesitados. Desperdió los primeros años de su vida, antes de abrazar el Islam, asaltando caravanas comerciales aprovechando las oscuras noches del desierto. Pero cambió completamente cuando recibió la brillante luz del Islam.

Fue una persona única en todo sentido. Él fue la única persona de su tribu en escuchar el divino mensaje del Islam, marchó sólo bajo el calor del desierto para alcanzar y unirse al ejército musulmán y pasó el resto de su vida sólo también.

Nunca comprometió las ideas y principios que el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le había enseñado y siempre fue una voz sincera de consejo para sus hermanos en la fe. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, dijo sobre él:

“Que Alá derrame Su misericordia sobre Abu Dharr, pues marcha sólo, morirá sólo y resucitará sólo.”

Así fue Abu Dharr Al Gifari, que Alá esté complacido con él, cuya historia espero leamos juntos para darnos cuenta cuanto se esforzaron los verdaderos musulmanes

Visita: www.viveislam.org/portal

por establecer la justicia y la igualdad entre todos los seres humanos y como vivieron sus vidas a la altura de sus principios morales y valores.

Abdul Basit Ahmad

Introducción

Situación de los árabes antes del Islam

La sociedad árabe en la Península Arábiga y las áreas colindantes estaba formada, principalmente, por tribus y clanes. Algunos vivían en ciudades, mientras que la mayoría eran nómadas que deambulaban por el desierto con sus ganados en busca de agua y alimento. Por lo general estas tribus se encontraban enfrentadas unas con otras, y era usual que combatan entre sí. Todas las tribus eran invadidas por o invadían a las otras tribus.

Las tristes tinieblas que en que se encontraba la Península Arábiga y el mundo en general antes de la aparición del Islam, había acabado casi con toda virtud en las mentes y corazones de los seres humanos de la época. Los derechos humanos, por ejemplo, no gozaban del más mínimo valor. La esclavitud, el enterrar vivas a las hijas mujeres y toda clase de injusticias estaban bien extendidas en las ciudades y el desierto por igual. Jóvenes y adultos ocupaban su tiempo pastoreando animales o comerciando durante el día y buscando placeres triviales durante la noche. La guía que habían traído anteriores religiones estaba ausente de la vida de la gente. No existía un gobierno central, sino que cada tribu tenía su propio jefe y costumbres, a pesar que algunas leyes comunes prevalecían en la sociedad.

La gente de Arabia era en su mayoría idolatra. Algunos judíos y cristianos vivían dispersos por aquí y por allá, pero su práctica de sus respectivas religiones había disminuido considerablemente. Cada tribu árabe tenía su propia deidad y su propia forma de adoración. La Ka'bah en La Meca se encontraba rodeada por cientos de ídolos considerados como dioses por los mecanos.

Todos estos vicios y atrocidades necesitaban urgentemente un Mensajero proveniente de Alá para que reforme a la sociedad y difunda la buena guía por toda la Península Arábiga en particular y el mundo en general.

El advenimiento del Islam

Visita: www.viveislam.org/portal

Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, creció en ese tipo de entorno. Cuando alcanzo la juventud, se mantuvo lejos de los vicios y males del día. Al igual que otros jóvenes, solía pastorear los ganados de su tío paterno. Era bien educado y amado y respetado por todos aquellos que tenían contacto con él. Era bien conocido por ser sincero y confiable, al punto que la gente lo llamaba “Al Amín” (el confiable). No le agradaban las formas que sus compatriotas utilizaban para satisfacer sus deseos. No podía siquiera concebir la idea de ponerse frente a un ídolo y suplicarle ayuda. En ocasiones se dedicaba al comercio en representación de gente adinerada. Es conocido que visitó la ciudad de Damasco (en la actual Siria) dos veces antes que Alá lo comisione con el mensaje del Islam. En sus dos viajes, muchas señales de su calidad de profeta fueron vistas por sus compañeros y hasta monjes ermitaños. A los veinticinco años se casó con una mujer pudiente quien lo prefirió, como esposo, a los más nobles líderes de Quraish.

A la edad de cuarenta años, fue bendecido por Alá con la Profecía. Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, empezó a predicar la nueva religión a sus parientes más cercanos, tal y como le ordenara Alá. Después de tres años de predica, Alá le ordenó proclamar el Islam en público. Enfrentó la dura oposición y cruel represión de la gente, en especial de los miembros de su tribu.

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, pasó trece años en La Meca y sus alrededores invitando a la gente a aceptar el Islam. Pero aún así no tuvo mucho éxito. Visitó algunos pueblos vecinos como Ta'if para predicar el Islam y buscar protección contra la opresión. Sus esfuerzos no lograron el éxito.

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, cambió su forma de predicar el Islam. Empezó a invitar a la gente que se encontraba en La Meca de visita hacia el Islam y a que le prestaran su protección para así poder proclamar la Palabra de Alá. Un grupo de visitantes de un pueblo llamado Iazrib creyeron en el mensaje del Islam y juraron proveerle la protección que necesitaba.

Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus Compañeros emigraron a Iazrib (Medina). Desde esta ciudad podrían establecer el primer Estado Islámico y propagar el mensaje hacia todo el mundo.

Los valores morales que predicaba el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz.

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, llamó y exhortó a la gente primera y principalmente a adorar un solo Dios (Alá). Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, les informó que los ídolos que estaban adorando no eran sino piedras moldeadas por ellos mismos y que no merecían ser adoradas. Estas piedras no eran el verdadero creador de este universo y no podían beneficiar ni dañar a quienes las adoraban. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, instó a la gente a dejar de enterrar a sus hijas vivas. Estas pequeñas tenían derecho sagrado a vivir, otorgado por Alá, y nadie podía privarlas del mismo. También los exhortó a ser justos con sus esclavos y a tratarlos con misericordia. Invitó a las diferentes tribus de Arabia a dejar de invadirse

unos a otros y a unir sus esfuerzos bajo la bandera del Islam para así convertirse en una nación real. De igual manera predicó contra todos los vicios y males difundidos entre la gente.

Los seguidores del Islam

En los comienzos de la llamada, la mayoría de aquellos que aceptaron el Islam eran la gente débil y los esclavos. Estos encontraron justicia y verdad en las palabras predicadas por el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz. A pesar que algunos de los primeros creyentes gozaban de una buena posición en su sociedad, también sufrieron su parte de opresión y tortura. Estos seguidores adoraban a Alá secretamente y aceptaron los diferentes desafíos con coraje y firmeza. Todos los medios empleados para hacerlos abandonar su fe no sirvieron de nada. La tortura que sufrieron a manos de los paganos no tuvo éxito en hacerlos decir aunque sea una palabra contra su fe. Algunos de ellos inclusive fueron muertos durante la tortura.

Los esfuerzos de los Qurashitas para detener la predica

Los jefes de Quraish estaban furiosos de ver que el Islam se propagaba entre la gente. Al principio, ellos hicieron lo mejor que podían para lograr que los seguidores del Islam se retractaran de su fe. Cuando vieron que no podían hacerlos renunciar a la misma, empezaron a acusar al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, de cosas que ellos mismos sabían no eran verdaderas. Alegaron que Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, era un mago o un mentiroso, aunque ellos mismos lo llamaban el confiable. A pesar de esto, sus esfuerzos fueron infructuosos. Al darse cuenta de su fracaso, decidieron tomar otra dirección: empezaron a negociar con el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y con su tío (Abu Talib) para alcanzar algún tipo de compromiso. Le dijeron al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, que lo harían un rey o que le darían todo el dinero que pidiera. A pesar de tan tentadora oferta, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, rechazó todas sus proposiciones y continuó predicando el mensaje del Islam a la humanidad.

Emigrando hacia la Guía

Áspero desierto...mentes y corazones ásperos

Como una rosa entre las espinas, Yundub bin Yunada Al Gifari (mejor conocido como Abu Dharr, que Alá esté complacido con él) creció entre la gente de la tribu de Gifar, en los arenosos desiertos de Arabia. Los miembros de su tribu eran conocidos por asaltar caravanas e invadir a tribus vecinas más débiles. Vivían en pobreza y miseria mezcladas con una ignorancia y oscurantismo extremo. Las elevadas dunas alrededor de sus tiendas constituían una barrera que ellos nunca intentaron romper en búsqueda de una mejor y más significativa vida. Su pasado, presente y futuro eran una sola e interminable escena de dificultades y privaciones. Con todo esto, su interés estaba enfocado únicamente en desarrollar diferentes maneras y trucos para robar a los demás.

Visita: www.viveislam.org/portal

Ídolos de piedra tomados como dioses

En este entorno áspero y tosco, carente de cualquier cosa capaz de producir sensibilidad de mente o emociones, Abu Dharr seguía el ejemplo de los miembros de su tribu. Estos hacían todo lo que estaba a su alcance para sobrevivir más o menos como las bestias de la jungla. El se valió de todos los métodos disponibles para matar y así sobrevivir. A pesar de esto, cada vez que deambulaba por el desierto lo maravillaban las lejanas y brillantes estrellas que relucían sobre él, y meditaba sobre el vasto universo que lo rodeaba.

Al igual que todos los árabes, los miembros de la tribu Gifar visitaban La Meca cada año para adorar a los ídolos de los demás árabes y comerciar con los habitantes de la misma. Participaban en los ritos que los mecenos realizaban con la esperanza que sus ídolos les perdonaran el mal que habían cometido el año anterior.

En búsqueda de la Guía

Las primeras noticias acerca del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz.

Durante su última visita a La Meca, los Gifaries vieron que una cosa muy extraña había ocurrido allí. Un hombre perteneciente a un clan de alto rango entre los Qurashitas de nombre Muhammad alegaba haber recibido la revelación divina y predicaba la Unicidad de Alá.

Al igual que los demás árabes, la gente de la tribu de Gifar escuchó el mensaje de Muhammad. Aún así, no le prestaron mucha atención al nuevo mensaje debido a que pudieron comprobar con sus propios ojos cuanto se oponía la gente de La Meca, en especial sus líderes, a este mensaje. También observaron como los seguidores del Islam eran víctimas de la opresión y de los más variados tipos de crueldad. Los Gifaries no querían esta suerte para sí mismos.

En esta ocasión, Abu Dharr no había ido a La Meca con los miembros de su tribu. Cuando estos retornaron de La Meca, dijeron diferentes cosas acerca del nuevo profeta. Sus comentarios sobre el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, llamaron la atención de Abu Dharr. Aun así, no estaba satisfecho con lo que había oído y no estaba seguro de que posición adoptar con respecto a este nuevo profeta.

Abu Dharr pasó varios días pensando sobre el nuevo profeta y el nuevo mensaje, pero no sabía que hacer. Deseó haber viajado también a La Meca con los miembros de su tribu para así poder conocer al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, en persona. Todo lo que Abu Dharr sabía del nuevo profeta era que este era conocido entre su gente como un hombre honesto y confiable. Abu Dharr quiso saber más acerca de este nuevo mensaje que Muhammad fue enviado a predicar.

Deliberando con su interior

Una clara noche de luna llena brillando allá en lo alto de los cielos, Abu Dharr se encontraba en su tienda sumergido en profundas reflexiones. Necesitaba conocer al nuevo profeta y descubrir la veracidad del mensaje que este alegaba haber recibido del Alá. Nunca había leído un libro ni escuchado acerca de un profeta anteriormente. Era algo con lo que él no estaba familiarizado.

El amanecer estaba pronto a rasgar la cortina de la noche y la luna se movía hacia el oeste, detrás de las montañas. Abu Dharr dejó su tienda y se dirigió a la de su hermano Unais. Unais se extrañó mucho de recibir la visita de Abu Dharr tan temprano. Su hermano inquirió qué lo había llevado a despertarse a estas horas. Abu Dharr le respondió inmediatamente que estaba muy ansioso de saber más acerca del nuevo profeta que habían mencionado los miembros de su tribu.

Unais conocía el camino hacia La Meca mejor que Abu Dharr. Así, Abu Dharr le pidió a su hermano que vaya allá, se encuentre con el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y descubra exactamente de que se trataba su mensaje. Unais podía ver en los ojos de su hermano cuan interesado estaba en conocer la verdad acerca del mensaje del nuevo profeta, por lo tanto accedió y partió inmediatamente hacia La Meca.

En La Meca, Unais se encontró con el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y escuchó sus enseñanzas cuidadosamente. El personalmente se impresionó mucho con los valores morales y bondad del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz.

Mientras tanto, Abu Dharr esperaba impacientemente en el desierto Wadden el regreso de su hermano. Cuando Unais llegó, Abu Dharr no esperó siquiera que descansase un poco del largo viaje, sino que se dirigió a él llenándolo de preguntas sobre el mensaje del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz. Su hermano le contó como el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, llamaba a la gente al bien y a rendir culto a un solo y único Dios (Alá). Unais también mencionó la manera deplorable como la gente de La Meca trataba a Muhammad y sus seguidores.

El viaje a La Meca

Abu Dharr no estaba satisfecho con las noticias que su hermano le había traído y decidió viajar a La Meca en persona. Dejó su tienda mientras era de noche, pues le esperaba una larga jornada de viaje. La noche era calma y las estrellas brillaban más de lo usual. Aquí estaba Abu Dharr, solo y cabalgando sobre su camello por los pedregosos caminos que conducen a La Meca con la esperanza de encontrarse con el hombre del que tanto había escuchado.

Después de dos días completos de viaje, Abu Dharr llegó a La Meca. Pasó algunos días descansando y recuperando sus fuerzas después de tan cansadora jornada.

Una mañana brillante, Abu Dharr se dirigió a la Ka'bah y, una vez allí, preguntó a la gente donde podía encontrar a Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz. La gente apuntó hacia un hombre sentado con las espalda recostada en la pared de la Ka'bah. Abu Dharr se acercó al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, lo saludo y se sentó a su lado.

Escuchando con el corazón abierto

El hermano de Abu Dharr ya le había dicho que algunas personas en La Meca alegaban que el mensaje de Muhammad no era sino poesía. Por esta razón lo llamaban poeta. Abu Dharr le pidió a Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, que recite algunas poesías. Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, respondió que él no tenía nada que ver con la poesía. El hizo énfasis en que lo que él tenía era una revelación procedente de Alá cuyo nombre es el Qur'an (Corán). Abu Dharr le pidió al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, que le recite algunos versículos del Sagrado Corán. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, empezó a recitar unos versículos y Abu Dharr escuchó atenta y contemplativamente sobre las palabras que salían de su boca. Apenas el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, terminó de recitar del Corán, el corazón de Abu Dharr se llenó de amor por él, al que Alá le dé Su gracia y paz, y el Mensaje del Islam. Aceptó el Islam sin hesitar y pronunció inmediatamente:

“Doy testimonio que no hay nada ni nadie que merezca ser adorado sino Alá y que Muhammad es el Mensajero de Alá”

Acción inmediata

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, ya tenía una idea de las dificultades que tanto el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, como sus seguidores estaban sufriendo por llamar a la gente hacia el Islam. También conocía los esfuerzos de Quraish por detener la difusión de la nueva religión entre las tribus de Arabia. Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, era muy valiente. Quería declarar en público que había aceptado el Islam. Aún así, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le aconsejó que no hacerlo, pues él sabía que los Qurashitas lo agredirían salvajemente. Pero Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, insistió en declarar su aceptación del Islam en público. Se dirigió a una reunión donde se encontraban sentados los líderes de Quraish, y anunció en voz alta que se había convertido en musulmán. Apenas terminó de pronunciar estas palabras, los presentes cayeron encima de él y empezaron a golpearlo brutalmente. Si no hubiese sido por la oportuna intervención de Al 'Abbas, que Alá esté complacido con él, tío paterno del Profeta, lo hubiesen asesinado. Al 'Abbas, que Alá esté complacido con él, reconoció a Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, y lo protegió informándole a los agresores que este hombre era de la tribu de Gifar, por cuyos territorios las caravanas de Quraish normalmente pasaban. El miedo a que los Gifaries tomen represalias hizo que los jefes de Quraish se dispersen y dejen en paz a Abu Dharr, que Alá esté complacido con él.

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, llevó a Abu Dharr a su casa. Una vez que Abu Dharr se recuperó, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le pidió que vuelva a su tribu y los invite al Islam. Le dijo que adore sólo a Dios (Alá), que sea honesto y veraz y que ya no robe a la gente. Le ordenó que no abandone su tribu hasta que nuevamente reciba noticias del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz.

El predicador...no el asaltante

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, dejó La Meca y se retornó a las tierras de su tribu como una persona diferente. Ya no era aquel joven que solo se interesaba en robar a la gente. Ahora era un musulmán dedicado, con un noble mensaje: difundir la nueva luz de guía proclamada por el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz. Su fe en la unicidad de Dios era muy fuerte. Después de haberse reunido con el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, todas las nubes de la duda se disiparon de su corazón. En su viaje de regreso se sentía como si cada árbol o planta le estuviera sonriendo. Había saboreado la dulzura de su nueva vida. El Mensaje del Islam lo había sacado de oscuridad hacia la luz. Su viaje a La Meca fue en verdad un viaje hacia la guía.

Inmediatamente después de llegar al desierto Wadden, empezó a invitar a los miembros de su tribu al Islam. Les recitaba versículos del Corán dondequiera que estaba. No pasó mucho tiempo antes que toda la tribu de Gifar aceptara el Islam.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, no dejó de invitar al Islam aún después que toda su tribu aceptó el mismo, sino que pasó a invitar a tribus vecinas a aceptarlo también. Una tribu llamada Aslam aceptó la invitación de Abu Dharr y entró en el Islam.

El creyente veraz

La emigración a Medina

Varios años han pasado ya desde que Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, se encontró con el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz. Abu Dharr se mantuvo informado de la escalada de opresión y agresión de los idolatras contra los musulmanes. El quería tomar acciones para apoyar a sus hermanos, pero el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le había ordenado permanecer en su tribu y continuar su misión de predicar entre sus vecinos.

Sin embargo, Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, no se mantuvo ajeno a los eventos que ocurrían en La Meca. Siempre buscaba y recibía noticias sobre el avance del Islam y de la difícil situación que los musulmanes estaban enfrentando en esa ciudad. También recibía información acerca de las revelaciones más recientes y se las enseñaba a los musulmanes de su entorno.

Visita: www.viveislam.org/portal

Después de un largo periodo de cruel opresión por parte de los Qurashitas, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus seguidores se dieron cuenta que no podrían vivir en paz en La Meca. Por lo tanto, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, hizo lo posible por encontrar un refugio donde él y sus seguidores pudieran llevar a cabo su misión de predicar el Mensaje de Alá a la humanidad.

Luego de varios intentos fallidos, algunos hombres de Iazrib (Medina) visitaron como era costumbre La Meca. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, los llamó a aceptar el Islam y a proveerle protección en su ciudad para así poder predicar el mensaje del Islam en paz. El grupo abrazó el Islam y se comprometió a protegerlo y a sus compañeros en Medina y prometieron volver el año siguiente con otros miembros de sus dos tribus para jurarle fidelidad. Setenta hombres y mujeres asistieron a la cita. Todos ellos juraron fidelidad al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y aceptaron proveer toda la ayuda necesaria para apoyar la difusión del Islam.

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, estaba muy feliz porque finalmente había encontrado un refugio en él que sus seguidores puedan adorar a Alá en paz y continuar la misión que Alá le había encomendado. Medina era para él un lugar donde dar el primer paso en la construcción del primer Estado islámico.

Consecuentemente, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, ordenó a sus seguidores emigrar a la ciudad de Medina para escapar la tortura y persecución de los Qurashitas. Todos los musulmanes, hombres y mujeres, emigraron a Medina en grupo o individualmente. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y su más cercano discípulo y amigo, Abu Bakr, que Alá esté complacido con él, emigraron poco tiempo después.

En su nuevo hogar, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus Compañeros podrían establecer un estado basado en la hermandad y la cooperación mutua entre los Emigrantes (*Muhayirun*) y sus hermanos de Medina que los ayudaron (*Ansar*). Ambos compartieron recursos y trabajaron arduamente para afianzar la comunidad musulmana en Medina.

Los musulmanes se reúnen

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, y los miembros de su tribu recibieron la noticia que el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus seguidores habían escapado la opresión de Quraish y que emigraron a Medina. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, ordenó a Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, y a sus hermanos musulmanes venir a Medina. Abu Dharr se sintió muy feliz y ansioso ante la posibilidad de encontrarse nuevamente con el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz. Todos los musulmanes de la región de Abu Dharr se prepararon para unirse al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y a sus Compañeros en la construcción del incipiente estado islámico en Medina.

Una brillante mañana, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus seguidores se encontraban en las afueras de Medina. En la distancia pudieron divisar una caravana

moviéndose en dirección a ellos. En primera instancia, pensaron que se trataba de gente que venía a atacarlos. Pero a medida que la caravana se fue acercando, el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, reconoció al líder de la misma. Era Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, el hombre que no había visto por muchos años. Fue un momento de mucha sorpresa y alegría para el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus Compañeros. Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, abrazó a Abu Dharr y encomió sus esfuerzos en invitar a los árabes del desierto al Islam. Luego, se dirigió a sus compañeros y dijo:

“¡No hay nadie que camine sobre la tierra y esté bajo los cielos más veraz que Abu Dharr!” (Ibn Mayah)

Tan veraz como siempre

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, tenía mucho entusiasmo en hacer llegar el mensaje del Islam a todas las personas. Deseaba que todos fueran guiados a la verdadera religión de Dios. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, vio que Abu Dharr enfrentaría muchas dificultades en su vida debido a su honestidad y veracidad. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le preguntó en una ocasión:

“¿Qué harías si ves a los gobernantes tratar mal a los musulmanes?” Abu Dharr respondió: “Por Alá, usare mi espada.” El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le dijo: *“Pero si tienes paciencia hasta que nos encontremos en la Otra Vida, será mejor para ti.”*

Devoción total por el Islam

Abu Dharr continuó viviendo en Medina como todo buen musulmán haciendo todo lo que complace a Alá y colaborando en la construcción del nuevo estado islámico con todos los medios posibles.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, estaba seguro que los incrédulos no dejarían a los musulmanes vivir en paz. Efectivamente, en el segundo año después de la Hégira (emigración) a Medina, los Qurashitas decidieron que los musulmanes representaban una amenaza a sus relaciones comerciales con Siria. Esto debido a que sus caravanas tenían que seguir rutas cercanas a Medina donde se encontraban los musulmanes. Los Qurashitas se habían apropiado injustamente de los bienes de los emigrantes y los incluyeron en sus caravanas con la intención de enriquecerse con los mismos. Los musulmanes esperaban cualquier oportunidad de recuperar estos bienes que habían dejado atrás en La Meca al verse forzados, por la intransigencia Qurashita, a emigrar.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, participó, junto con el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus seguidores, en todas las batallas que lucharon para proteger el mensaje divino revelado por Alá a través de Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz. Los Qurashitas prepararon un gran ejército para acabar de una vez

por todas con el peligro que el Islam representaba a su hegemonía. Marcharon hacia Medina con la esperanza de traer arrastras a los musulmanes de vuelta a La Meca para que se arrodillen ante sus dioses falsos.

Ambos ejércitos se encontraron en un lugar llamado Badr, a varios kilómetros de Medina. Los dos ejércitos se trabaron en una feroz batalla, donde Abu Dharr luchó valientemente. Él y sus hermanos musulmanes esgrimieron a los paganos una derrota impresionante a pesar que había tres combatientes Qurashitas por cada musulmán.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, vivió una vida simple y humilde y nunca se consideró mejor que sus hermanos musulmanes. Desde el día en que Abu Dharr se unió al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, en Medina se mantuvo constantemente cerca de él. Su mente estaba en paz y aprendió lo más que pudo del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz. Preguntaba asiduamente sobre las nuevas revelaciones y ordenes, lo cual incrementaba la pureza y veracidad de su alma.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, pasaba la mayor parte de su tiempo en la mezquita. No tenía casa propia donde vivir y dedicaba todo su tiempo a la adoración y el estudio. A pesar que probó el amargo sabor de la derrota en la batalla de Uhud, estaba completamente seguro que una perder una batalla no significaba perder la guerra contra la idolatría y la ignorancia.

Algunos años después, Abu Dharr se encontraba entre los diez mil musulmanes que acompañaban al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, en su marcha hacia La Meca para poner fin a la idolatría y vicios en la Península Arábiga. Fue testigo presencial de la caída permanente, uno a uno, de todos los ídolos. También presenció la magnitud de la misericordia del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, cuando perdonó a aquellos que lo persiguieron y maltrataron. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio al Islam imponer el orden en una tierra azotada por toda clase de males.

¡Marchando solo!

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, era consciente del peligro que los Romanos Bizantinos en el Norte representaban para el nuevo estado islámico. Por lo tanto, decidió mostrarles que tan fuerte se había hecho el Islam.

Era tiempo de verano, y el sol y la arena quemaban inmisericordemente persuadiendo a cualquiera de salir de su hogar. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, exhortó a sus Compañeros a prepararse para una travesía que era considerada por algunos como imposible. En ese año en particular, la cosecha fue muy pobre y los recursos eran escasos. No obstante, los musulmanes hicieron todo lo posible para equipar al ejército que se dirigiría a Tabuk para detener a los Romanos Bizantinos.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, era muy pobre y no poseía un caballo o camello para participar en la excursión. Se presentó ante el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, con lágrimas en los ojos implorando le provean un medio de transporte para así poder unirse al ejército. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y

paz, con mucha tristeza en su corazón le informó que no tenía nada para darle. Abu Dharr no sabía que hacer. El ejército partió dejando atrás a Medina y a Abu Dharr. Estaba muy triste por no poder unirse al ejército. Después de unos momentos, decidió alcanzar al ejército. Tomó su espada y escudo y marchó a pie.

El ejército hizo una parada para descansar en su camino a Tabuk. Algunas personas divisaron a un hombre en el espejismo que se dibuja en el horizonte del ardiente desierto. Le informaron al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, que alguien los estaba siguiendo a una corta distancia.

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, apreciaba enormemente a Abu Dharr, y estaba seguro que este se mantendría fiel a su fe y no se perdería la oportunidad de participar de cualquier esfuerzo en apoyo del Islam.

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, dirigió su mirada hacia el espejismo y dijo: “Que sea Abu Dharr.” Las personas que se encontraban alrededor del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, se sorprendieron al escuchar estas palabras. ¿Cómo podía Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, haber caminado toda esa distancia para alcanzar y unirse al ejército? El hombre se fue acercando cada vez más al ejército, y ¡Sí!, sí era Abu Dharr y nadie más que él. El era Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, el hombre que camina sólo para apoyar al Islam y los musulmanes. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, estaba muy feliz de tener a Abu Dharr en las filas del ejército. Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, alabó su perseverancia y pidió a Alá que preserve a Abu Dharr del calor del fuego del Infierno.

Amarga separación

El tiempo pasaba rápidamente y finalmente Abu Dharr tuvo que enfrentar el momento que más temía. El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, había completado su misión y la hora que sus Compañeros difundían las enseñanzas de Alá por toda la tierra había llegado. Muhammad estuvo enfermo por varios días y finalmente murió como cualquier ser humano. Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, se sintió muy triste y lloró amargamente el momento de la separación. No obstante, él sabía muy bien que toda alma debe morir. También estaba bien consciente del papel que tenía que desempeñar para mantenerse fiel a lo que el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le había enseñado.

El esfuerzo continúa

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, continuó su esfuerzo para difundir el Mensaje del Islam más allá de las fronteras de Arabia. Se unió al ejército musulmán que luchó contra los imperios Romano Bizantino y persa. Abu Dharr luchó muchas batallas apoyando al Islam.

El Islam se extendió por muchas tierras, al este, norte y sur bajo el gobierno de Abu Bakr, que Alá esté complacido con él, el primer Califa, y ‘Umar bin Al Jattab, que Alá esté complacido con él, el segundo Califa.

Las riquezas corrompen la moral

A medida que los musulmanes se dispersaban por los diferentes territorios, se fueron haciendo ricos. Muchos de ellos empezaron a involucrarse activamente en asuntos mundanales. Algunos gobernantes empezaron a tratar de forma incorrecta a los musulmanes y a preferir su bienestar propio al de los demás. Empezaron a juntar riquezas para sus personas y se olvidaron de ayudar a aquellos necesitados.

Enfrentando la corrupción

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, no podía quedarse callado ante tales actos de corrupción y abuso del poder. Empezó a exhortar a los gobernantes a ser justos con la gente y a distribuir las riquezas y recursos entre los musulmanes de forma equitativa.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, estaba profundamente consternado y triste por la forma en que algunas personas estaban utilizando la riqueza para satisfacer sus pasiones y vanidades cuando otras personas estaban viviendo en la pobreza y experimentando muchas dificultades.

No escatimó esfuerzos en advertir a la gente acerca de las nefastas consecuencias de la codicia por las riquezas. Abu Dharr era muy honesto y veraz, y nada podía impedirle denunciar a los gobernantes corruptos. Era firme como una montaña en el ojo de la tormenta. Los gobernantes corruptos trataban constantemente de silenciarlo, pero él siempre recordaba las palabras que el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le enseñara cuando le ordenó exhortar a los musulmanes pacíficamente y mantenerse alejado de la violencia.

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, supo desde el momento en que Abu Dharr se hizo musulmán lo fuerte que eran su carácter y celo por el Islam. Por esta razón, le aconsejó ser paciente ante el daño que le pudieran causar aquellos contra los que luchaba por causa de sus excesos y atropellos.

Paciencia y perseverancia

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, continuamente le recordaba a la gente la vida de carencia que llevaban en época del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, cuando se juntaban en la mezquita y compartían la poca comida que tenían. Siempre les recordaba que el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, entró una noche en la mezquita y vio a Abu Dharr recostado sobre el piso. Muhammad lo llamó y le dijo: “*Siempre te veo durmiendo aquí*” Abu Dharr respondió: “No tengo casa fuera de esta mezquita” El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, se sentó a su lado y preguntó: “*¿Qué harías si te ordenan salir de ella?*” Abu Dharr dijo: “Me mudare a Damasco”

Muhammad preguntó: “¿Qué harías si te ordenan salir de ella?” Abu Dharr respondió: “Regresare a esta mezquita” El Profeta dijo: “¿Qué harías si te ordenan salir de ella nuevamente?” Abu Dharr respondió con determinación: “Los combatiré hasta que muera.”

El Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, alabó su perseverancia, pero le ordenó vivir en paz con ellos y obedecer sus órdenes, hasta que ambos se vuelvan a encontrar el Día del Juicio.

Un verdadero creyente

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, siempre estaba dispuesto a aprender lo más que pudiera del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz. Su objetivo no era ganar conocimiento únicamente, sino que deseaba poner en práctica todo lo que aprendiera. En otras palabras, Abu Dharr fue un verdadero seguidor de la religión islámica y un sincero discípulo de las enseñanzas del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, afirmó que el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le dijo:

“Sigue los siguientes siete mandamientos: Mantente cerca de los pobres ayudando y cuidándolos. No mires a aquellos que se encuentran debajo de ti con menosprecio, ni mires a quienes se encuentran por encima de ti con resentimiento. No mendigues nada a la gente. Se bueno con tus parientes. Di siempre la verdad, aunque sea amarga. No temas a nadie cuando haces algo que complace a Alá y di siempre: ‘Alá es Todopoderoso y lo puede todo’.”

En una ocasión, Abu Dharr entró en la mezquita y vio al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, sentado en ella. Le preguntó: “¿Qué es la Oración?” El Profeta respondió: “Es virtud, practícala lo más que puedas” Abu Dharr preguntó: “¿Cuáles son las mejores acciones?” Muhammad respondió: “Creer en Dios y luchar por en Su causa” Abu Dharr dijo: “¿Quiénes son los mejores creyentes?” Dijo: “Aquellos con mejor moral” Abu Dharr preguntó: “¿Quiénes son los creyentes que están en paz?” El Profeta respondió: “Aquellos cuyas palabras y acciones no lastiman a sus hermanos” Entonces Abu Dharr dijo: “¡Aconséjame!” Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz, dijo: “Se pío y controla tus pasiones, pues estas (dos virtudes) son la corona de todo bien. No hables mucho, pues guardar silencio es mejor que decir trivialidades. Mantente cerca de los pobre, se bueno con tus parientes y di siempre la verdad aunque esta sea amarga.”

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, actuó acorde a estos parámetros. Pasó la mayor parte de su vida luchando por los derechos de los pobres, defendiéndolos de la codicia de los ricos. Siempre se comportó de manera humilde ante las personas sin importar a cual de las clases sociales pertenecían. Ante las dificultades siempre

recurría a Alá en busca de ayuda. Constantemente hablaba con la verdad, lo cual le ocasionó muchos sinsabores en la vida.

Las cosas empiezan a cambiar

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, vivía una vida simple y recta. Su fe en el Islam era muy fuerte y siempre estaba listo para luchar contra el mal sin importar los peligros. Después de la muerte del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, el Estado islámico creció y se hizo más rico. Tal y como mencionáramos, algunos musulmanes se vieron atraídos por las riquezas del Estado e hicieron todo lo posible para apoderarse de las mismas. Al mismo tiempo, había musulmanes sumergidos en la pobreza.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, lucha contra el abuso de las riquezas

Abu Dharr aborrecía el hecho que algunos musulmanes se encontraran muy ocupados satisfaciendo sus deseos y placeres mundanales. Se sentía muy triste de ver huérfanos con lágrimas en sus mejillas, pero sin alimento en sus estómagos. No podía quedarse callado ante la codicia que había atacado el corazón de algunos musulmanes.

Consecuentemente, Abu Dharr decidió lanzar una campaña personal contra los ricos codiciosos en apoyo a los pobres y desvalidos. No sólo sentía mucha simpatía por los pobres, sino que también llevaba una vida sencilla y humilde, viviendo en carne propia las dificultades de los mismos.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, sintió la gran diferencia que había entre la vida en época del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y la vida de la gente después de su muerte. Se sintió un extraño en Medina y decidió marcharse de ella uniéndose al ejército musulmán fuera de la península arábiga. Abu Dharr se negó vehementemente a ocupar algún puesto en el creciente Estado islámico.

Igualdad para todos

Después de la muerte de ‘Umar, que Alá esté complacido con él, Abu Dharr decidió regresar a Medina para exponer su llamado a la sencillez e igualdad. Empezó exhortando la gente a abandonar su búsqueda de bienes mundanales, los cuales, él temía, los apartarían del verdadero y puro Islam. Abu Dharr hizo lo posible por hacer a la gente conciente del hecho que el juntar más dinero del que necesitaban los distraería del propósito principal para el que fueron creados: adorar únicamente a Dios y tratarse los unos a los otros como verdaderos musulmanes. Llamó a los musulmanes a gastar su dinero en la causa de Alá y a ayudar a los pobres y necesitados. Abu Dharr siempre recitaba los siguientes versículos del Corán:

Visita: www.viveislam.org/portal

“¡Oh, creyentes! Por cierto que muchos de los rabinos y monjes se apropian de los bienes ajenos sin derecho, y desvían a los hombres del sendero de Allah. A aquellos que atesoren el oro y la plata, y no contribuyan por la causa de Allah anúnciales [¡Oh, Muhammad!] un castigo doloroso.” (Corán 9:34-34)

Abu Dharr inició su predica en la mezquita del Profeta en Madina, advirtiendo a la gente contra el juntar dinero para satisfacer sus deseos. En este lugar, afirmó que aquellos que dedicaban su vida a juntar dinero no se adherían a las enseñanzas del Islam. Les advirtió que si cambiaban el estilo de vida que vivían en época del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, ya no podrían considerarse a sí mismos musulmanes puros y que se desviarían de la forma de vida enseñada y practicada por Muhammad, al que Alá le dé Su gracia y paz.

Algunas personas se quejaron ante el califa ‘Uzman bin ‘Affan, que Alá esté complacido con él, argumentando que Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, estaba siendo muy duro con ellos. ‘Uzman sabía que Abu Dharr no dejaría de amonestar, pero tenía la esperanza de convencerlo a ser más moderado en sus exhortaciones. Abu Dharr fue citado por el califa y ambos se reunieron para discutir la situación de los musulmanes. La reunión entre los dos compañeros del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, finalizó con la firme posición de Abu Dharr de continuar su mensaje de la manera que considerara más propia, pero que lo haría de una manera pacífica tal y como le había ordenado el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz.

¡La profecía se hizo realidad!

‘Uzman, que Alá esté complacido con él, era de la opinión que no se debía exhortar a la gente de esa manera tan dura y conocía lo áspero que podía ser Abu Dharr en su predica. Por consiguiente, decidió enviarlo a Damasco, donde Mu’awiah, otro de los Compañeros del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, ejercía como gobernador. Abu Dharr obedeció al Califa y se dirigió a Damasco. Pero Abu Dharr continuó predicando de la forma dura que acostumbraba y, consecuentemente, muchas quejas llegaron a Mu’awiah, que Alá esté complacido con él. Mu’awiah discutió con Abu Dharr una forma más suave de predicar, pero Abu Dharr se negó a cambiar su estilo. Más aún, le recriminó a Mu’awiah el tener más de un tipo de alimento en su mesa (lo cual era, a su entender, una exageración). Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, llevaba una vida ascética y rigurosa, y en su celo por el Islam quería que todos los musulmanes llevaran la misma vida.

Mu’awiah, que Alá esté complacido con él, era consciente que Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, no cambiaría su forma de predicar, así que decidió enviarlo con el ejército musulmán para que les enseñe a ser benévolos con los pueblos que seguramente encontrarían. Pero, cada vez que Abu Dharr retornaba a Damasco declaraba a todo pulmón que los pobres y necesitados necesitaban quien los ayude. Además, le recordaba constantemente a la gente los días cuando el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus Compañeros vivían una vida simple y humilde.

Mu'awiah hacia lo mejor que podía para calmar el tenso clima que había suscitado la predica de Abu Dharr, pero no consiguió convencerlo de su error. Por lo tanto, le envió una carta al Califa 'Uzman informándole que Abu Dharr no dejaba de predicar contra las riquezas que las personas habían ganado lícitamente.

De regreso en Medina

El Califa le ordenó a Mu'awiah enviar a Abu Dharr de regreso a Medina. Las personas que gustaban de Abu Dharr en Damasco no querían que deje la ciudad, pero él, basándose en el consejo que le había dado el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, les dijo que tenía que obedecer las ordenes del Califa, pues su predica podía ser dura, pero era pacífica.

Ya en Medina, un nuevo encuentro entre 'Uzman y Abu Dharr no tuvo éxito en hacer que este último disminuya el tono de su exhortación a los ricos por su negligencia con los pobres. Abu Dharr, en su defensa, le dijo a 'Uzman que aquellos que se quejaban de él no querían que le diga a la gente sobre su mala conducta y la manera en que estaban utilizando sus riquezas.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, llevaba una vida de pobre. Pertenecía al grupo de personas que no tenían casa, familia o propiedad donde residir. Solían sentarse en la mezquita donde la gente les traía comida. Abu Dharr dedicaba todo su tiempo a aprender el Corán y los hadices del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz. El Estado islámico se había hecho muy grande y muchas naciones aceptaron el Islam como su religión. El estado se enriqueció con los recursos provenientes de los nuevos territorios. A su vez, Abu Dharr consideraba que comer más de un tipo de alimento en una comida era una desviación del verdadero camino del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, y sus Compañeros.

Exilio voluntario

'Uzman, que Alá esté complacido con él, le pidió a Abu Dharr mantenerse lejos de la gente, pero Abu Dharr se rehusó a dejar de predicar contra lo que él pensaba era corrupción. Entonces 'Uzman, que Alá esté complacido con él, le pidió gentilmente que se quedara con él, pero Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, rechazó también esta propuesta diciendo: "No necesito vivir tu vida." Finalmente, Abu Dharr le pidió a 'Uzman le permita vivir sólo en un lugar llamado Rabaza y 'Uzman le permitió hacerlo.

En Rabaza, Abu Dharr llevó una vida humilde y simple, dedicando todo su tiempo a la adoración y las oraciones. Un día Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, recibió la petición de algunas personas de la ciudad de Kufa, en Irak, pidiéndole los apoye en su revuelta contra el Califa 'Uzman. Estas personas estaban injustamente molestas con 'Uzman. Abu Dharr les respondió con la sinceridad y fuerte tono que lo caracterizaba que aún si 'Uzman mandase que lo crucifiquen, no se rebelaría contra él, y si 'Uzman le ordenara ir a cualquier lugar él no tendría más opción que obedecer al Califa tal y como le había ordenado el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz.

Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, era un hombre honesto y leal. La forma en que vivió su vida es un gran ejemplo que los musulmanes deberían seguir. Abu Dharr siguió cada consejo que el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, le dio.

Un musulmán pobre y humilde

En Rabaza, Abu Dharr vivió una vida muy modesta y apartado de la gente. Todo su tiempo lo consagró a la adoración y a invitar a todos aquellos con los que ocasionalmente entraba en contacto hacia el verdadero y más puro Islam. Los banales placeres mundanales no lo atraían en los más mínimo.

Algunos de sus amigos lo visitaban ocasionalmente. Estos trataban de darle algo de dinero para que mejore su estilo de vida, pero él siempre rechazaba esos regalos. Abu Dharr solía decirles:

“Tengo una cabra que ordeño, una esposa que me ayuda y un vestido que me cubre. No necesito nada más.”

Un amigo suyo le sugirió en una ocasión que tratase de hacer su vida más fácil a lo que Abu Dharr respondió que era mejor para el continuar viviendo como lo hacían en época del Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz.

En una ocasión su esposa le pidió que se muden a Irak para poder ganarse la vida allí, pero él se rehusó a hacerlo diciéndole: “Si voy a Irak, la gente allá me hará envolverme en esta vida trivial y acabaré cargando con una carga que no deseo tener el Día de la Resurrección.”

Un final solitario

A pesar que Abu Dharr se mantuvo lejos de la gente, en toda su soledad encontró compañía en Alá y la paz que siempre buscó.

Los días pasaron lentamente y finalmente Abu Dharr se hizo un hombre viejo y débil. Se dio cuenta que casi todos sus compañeros y amigos ya estaban muertos y se sintió como un extraño en un mundo aislado.

Un día se enfermó y sintió que la muerte estaba cercana. Sólo y aislado, su esposa se sentó al lado de su cama observando detenidamente su débil cuerpo. Una lágrima cayó de sus ojos mojando el rostro de Abu Dharr. El moribundo abrió sus ojos y exclamó: “¿Acaso no sabes que todo ser humano morirá?”. Ella respondió: “Lloro porque no tenemos con que hacerte una mortaja”. Abu Dharr la confortó diciendo: “Escuché al Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, decir:

Visita: www.viveislam.org/portal

‘Uno de ustedes morirá un día sólo en el desierto, pero será enterrado por un grupo de creyentes’

Todos aquellos que nos encontrábamos con el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, cuando dijo estas palabras han muerto, salvo Yo, soy el único que aún vive. ¿No ves que estoy muriendo en este desierto? Mira hacia el camino y veras que un grupo de creyentes vendrá a nosotros. Por cierto que yo nunca miento, ni soy conocido por mentiroso”

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, Abu Dharr cerró sus ojos y falleció. Horas después, un grupo de hombres liderados por ‘Abdullah bin Mas’ud, que Alá esté complacido con él, un gran Compañero del Profeta, se sentaron al lado del cuerpo inerte y su doliente esposa. ‘Abdullah bin Mas’ud, que Alá esté complacido con él, conocía al deceso. ‘Abdullah se dirigió al cuerpo sin vida diciendo: “Lo que el Profeta, al que Alá le dé Su gracia y paz, dijo sobre ti era verdad: Marchaste sólo, moriste sólo y resucitarás sólo.”

Así fue este hombre quien dedicó toda su vida a ayudar a los pobres y necesitados. Luchó contra aquellos que codiciaban las riquezas y las desperdiciaban extravagantemente hasta los últimos días de su honorable vida. Su vida fue un ejemplo de despegue a los lujos superfluos de esta vida.

Ciertamente en Rabaza fue enterrado sólo para ser resucitado sólo el Día de la Resurrección.

Si bien Abu Dharr se opuso a aquellos que eran responsables por la gente y no trataban bien a los pobres, pero nunca se valió de la violencia para hacerlo. Se mantuvo luchando pacíficamente, con palabras y no con violencia, para predicar sus principios.

Los musulmanes hoy en día deberían seguir el ejemplo de Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, en su forma de rechazar la injusticia y la tiranía. Las palabras son la mejor forma de exhortar y aconsejar a los musulmanes y a todas las personas. Alá dice:

“Convoca al sendero de tu Señor con sabiduría y bellas palabras. Arguméntales de la mejor manera. Tu Señor sabe bien quién se extravía de Su camino y quién sigue la guía” (Corán 16:125)

Cuando crezcas recuerda a Abu Dharr, que Alá esté complacido con él, a quien el Islam enseñó ser obediente con los líderes de los musulmanes, pero al mismo tiempo ser tenaz en su esfuerzo por el bien de los musulmanes.

Que Alá esté complacido con Abu Dharr, un hombre que dedicó su vida y esfuerzos para que la igualdad prevalezca entre todos los seres humanos.

Visita: www.viveislam.org/portal

Visita: www.viveislam.org/portal